La belleza y el cante


JUAN BALLESTER

Pregonaba, animaba Alvarez Caballero en su, por otro lado, excelente y cariñosa lectura de bienvenida al inicio de ésta nueva edición del Festival del Cante de las Minas, a continuar creando belleza, porque esto, decía, es lo más grande a que el ser humano puede aspirar. La belleza como fin último, como faro que encamina nuestros actos e inquietudes, y uno, un tanto confundido con la agobiante búsqueda de belleza, pensaba en los cantes mineros que de tanto sudor, dolor y lágrimas reclamaban su origen según se nos pregonaba. ¿Acaso cuando cantaba buscaría el minero la belleza en el fondo de la mina con su carburico en la mano, o más bien cantaba para expresar su dolor y su tristeza? ¿Dónde está, pues, la belleza de estos cantes? ¿en sus letras? ¿en su música? ¿o simplemente nos resultarán bellos por su autenticidad y por su sincera emoción? Claro que ahora, unos cuántos años después de cerrada prácticamente la minería en estas tierras, tampoco sería oportuno seguir pidiendo sangre, sudor y lágrimas para que siguieran existiendo estos cantes. Pero entonces, si ya no se sufre dentro de la mina –al menos en éstas minas de La Unión–, si las causas aparentes, dolorosas y tristes, que justificaban este quejío armónico y profundo ya no existen como causas de esa expresión ¿a qué recurrimos para exigirles su pervivencia y hasta su renovación? Alvarez Caballero parece justificarlas en base a su belleza, mucho antes que en su verdad real, o lo que es lo mismo, en su realidad verdadera.

Creemos que la belleza, por sí misma, no puede ser síntesis de nada, y mucho menos de la vida. A lo sumo será un condimento que nos endulce nuestra experiencia. La creación, pensamos, no puede tener como fin la belleza, sino la vida en su más amplia y contradictoria expresión. La belleza, ese término un tanto ambiguo y caprichoso, atañe más bien a las formas externas, a lo temporal, incluso a la desconcertante perfección de la naturaleza, pero la vida, la totalidad luminosa y amplia de la vida se nutre de otros misterios mucho más totalizantes y hondos, más corpóreos y fijos y, por qué no, mucho más imperfectos. Es verdad que el hombre se expresa a través de sus circunstancias: el dolor, la alegría, el amor, el desaliento, la nostalgia, la misma belleza, pero ese "grito" no puede, ni debe, tener su origen último en esas excusas "mundanas". El hombre, sea ante el dolor y el desaliento, ante el amor o la felicidad crea, ante todo, por su continua y desesperada impotencia, por su infinita y trágica soledad del hombre hecho Dios. Esté debajo o encima de la mina.

El arte verdadero, es decir, la creación, ni es bello ni es feo, ni es dulce ni es agrio, no tiene medidas, ni siquiera calidades. El arte, cuando es verdadero, simplemente palpita, se mueve, nos acompaña en el tiempo, incluso nos sobrepasa a nuestro tiempo porque nos viene dado de antemano, construye en el aire su presencia irreductible y fija, deja constancia plena de su paso y queda como cuerpo real que, como todo lo vivo, unas veces llora y otras ríe, unas veces habla y otras, hasta nos ilumina con su silencio.

Y hablando de vida y de belleza, mortuorio cartel con sus cruces, guarismos y negras gotas de sangre del "genial e internacional" Tapies. De nuevo algo de la España Negra, sólo que ahora mucho más intelectualizada. Por lo demás, destacar la espectacular asistencia de público el lunes pasado para oír cómo a base de gritos, ruidos y melismas camaronianos la Niña Pastori unificaba todos los palos que cantaba en uno sólo y convertía aquello en una especie de Flamenco-Mix del verano.

Mejora ostensiblemente la organización, pero el sonido sigue siendo un problema aún sin resolver.

LA OPINIÓN, 14/8/1996